

**Bosquejo de los mensajes
para el Entrenamiento de Tiempo Completo
del semestre de primavera del 2023**

**TEMA GENERAL:
LOS PUNTOS CRUCIALES DE LA VERDAD EN LAS EPÍSTOLAS DE PABLO**

Mensaje trece

**Disfrutar las riquezas de Cristo y ser salvos en Su vida
al invocar el nombre del Señor para llegar a ser Sus vencedores,
hombres que cambian la era**

Lectura bíblica: Mt. 1:21; Ro. 10:12-13; Gn. 4:26; Hch. 2:21; Sal. 80:17-19; 116:1-2, 4, 12-13, 17

- I. “Daré a luz un hijo, y llamaré Su nombre Jesús, porque Él salvará a Su pueblo de sus pecados”—Mt. 1:21:**
- A. El nombre *Jesús* significa “Jehová el Salvador” o “la salvación de Jehová”; *Dios* (heb. *Elohim*, que significa “el Poderoso”) se refiere a Su poder (Gn. 1:1) y es el nombre de Dios referente a Su relación con la creación, mientras que *Jehová* es el nombre de Dios referente a Su relación con el hombre (2:4).
 - B. *Jehová* es el nombre de Dios, Aquel que es eterno y existe por Sí mismo y para siempre (Éx. 3:14); Jesús es Jehová, el gran Yo Soy, Aquel que es en el presente, que era en el pasado y que será en el futuro por siempre (Ap. 1:4).
 - C. Puesto que el nombre del Señor es Yo Soy (Jn. 8:58), Él puede afirmar: “Yo Soy todo lo que necesitas”; todo cuanto necesitamos, Jesús es; tenemos un cheque firmado con la cantidad dejada en blanco, y podemos escribir todo lo que necesitamos; esto se ilustra en el Evangelio de Juan.
- II. La palabra hebrea traducida “invocar” significa “llamar en voz alta, clamar”, esto es, exclamar; la palabra griega traducida “invocar” significa invocar a una persona, llamar a una persona por su nombre audiblemente:**
- A. En la esfera espiritual es un principio rector asombroso que enunciar tiene valor; si en nuestros hogares no podemos orar e invocar al Señor en voz alta, busquemos un lugar donde podamos enunciar nuestra carga en voz alta, tal como lo hacía el Señor; a veces Él iba a un lugar desierto (Mr. 1:35) y otras veces iba a un monte a solas para orar (Mt. 14:22-23; Lc. 6:12); deberíamos orar audiblemente, incluso si eso implica orar en voz baja.
 - B. “Amo a Jehová porque Él escucha / mi voz, mis súplicas, / porque inclina a mí Su oído; / por tanto, lo invocaré todos mis días”—Sal. 116:1-2.
 - C. “Hazme oír tu voz”—Cnt. 2:14b.
- III. Romanos 10:12 y 13 dicen: “No hay distinción entre judío y griego, pues el mismo Señor es Señor de todos y es rico para con todos los que le invocan; porque: “Todo aquel que invoque el nombre del Señor, será salvo”:**
- A. El secreto para disfrutar las inescrutables riquezas de Cristo con miras a la edificación del Cuerpo de Cristo como plenitud de Cristo y de Dios para Su gloria en la iglesia es invocar el nombre del Señor—Ef. 3:8; 1:22-23; 3:19, 21.
 - B. “¿Qué devolveré a Jehová / por todos Sus beneficios para conmigo? / Alzaré la copa de la salvación / e invocaré el nombre de Jehová”—Sal. 116:12-13; cfr. 103:1-22:
 - 1. En Adán nuestra porción era la copa de la ira de Dios (Ap. 14:10), pero Cristo bebió esa copa por nosotros en Su muerte todo-inclusiva (Jn. 18:11); esto sucedió así a fin de que

pudiéramos disfrutarlo a Él como copa de salvación en Su resurrección; esta copa es Cristo mismo como realidad de todos los legados del nuevo pacto (Lc. 22:20; Is. 42:6).

2. A esta copa se le llama “la copa de bendición” (1 Co. 10:16), en la cual se encuentra la mayor bendición: el Dios Triuno mismo (Nm. 6:22-27) como Espíritu procesado, todo-inclusivo y vivificante que mora en nosotros para nuestro disfrute (Gá. 3:14).

3. Esta copa es la copa divina que rebosa, la copa que Dios planeó (*Himnos*, #99); siempre sobra un excedente cuando gustamos a nuestro Señor, quien está lleno de gracia, y cuando participamos de todo Su amor como realidad de la salvación completa que Dios efectúa (*Himnos*, #273; 1 Co. 2:9).

C. Cuando invocamos el nombre del Señor, somos salvos en Su vida a fin de mantenernos en el proceso de ser “Cristificados” por medio de Su salvación orgánica, comenzando con la regeneración, pasando por la transformación y hasta la glorificación, esto es, Su expresión corporativa—Ro. 5:10; 8:10, 6, 11; 2 Co. 3:18; 5:4.

D. Cuando invocamos el nombre del Señor, estamos en el Espíritu Santo y, por tanto, en la realidad del reino de Dios, el cual es justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo; de este modo, al invocar el nombre del Señor podemos reinar en Su vida a fin de representarlo a Él con Su dominio—1 Co. 12:3b; Ro. 14:17; Gn. 1:26; Ro. 5:17.

IV. Invocar el nombre del Señor no es una nueva práctica que comenzó en el Nuevo Testamento; más bien, fue iniciada con Enós (que significa “hombre mortal y frágil”), la tercera generación de la humanidad, en Génesis 4:26:

A. Continuó con Job (Job 12:4; 27:10), Abraham (Gn. 12:8; 13:4; 21:33), Isaac (Gn. 26:25), Moisés y los hijos de Israel (Dt. 4:7), Sansón (Jue. 15:18; 16:28), Samuel (1 S. 12:18; Sal. 99:6), David (2 S. 22:4, 7; 1 Cr. 16:8; 21:26; Sal. 14:4; 17:6; 18:3, 6; 31:17; 55:16; 86:5, 7; 105:1; 116:1-2, 4, 13, 17; 118:5; 145:18), el salmista Asaf (80:18), el salmista Hemán (88:9), Elías (1 R. 18:24), Isaías (Is. 12:4), Jeremías (Lm. 3:55, 57) y otros (Sal. 99:6); todos ellos tenían la práctica de invocar el nombre del Señor en la era del Antiguo Testamento.

B. Isaías exhortó a los que buscaban a Dios, a que invocaran (Is. 55:6); aun los gentiles sabían que los profetas de Israel tenían el hábito de invocar el nombre de Dios (Jon. 1:6; 2 R. 5:11); los gentiles a quienes Dios levantó desde el norte también invocaban Su nombre (Is. 41:25; cfr. Esd. 1:1-4).

C. Dios ordena (Sal. 50:15; Jer. 29:12) y desea (Sal. 91:15; Sof. 3:9; Zac. 13:9) que Su pueblo lo invoque; invocar es la forma de beber gozosamente de la fuente de la salvación de Dios (Is. 12:3-4) y la forma de deleitarse con gozo en Dios (Job 27:10), es decir, de disfrutarle.

D. Por eso, el pueblo de Dios debe invocarlo diariamente (Sal. 88:9); esta jubilosa práctica fue profetizada por Joel (Jl. 2:32) con respecto al jubileo neotestamentario.

V. En el Nuevo Testamento, invocar el nombre del Señor fue mencionado primero por Pedro en el día de Pentecostés, como cumplimiento de la profecía de Joel—Hch. 2:21:

A. Invocar el nombre del Señor es de vital importancia para que los que creemos en Cristo participemos en el Cristo todo-inclusivo y lo disfrutemos a Él y todo lo que Él ha logrado, alcanzado y obtenido (1 Co. 1:2); es una práctica importante en la economía de Dios que nos permite disfrutar al Dios Triuno procesado para ser plenamente salvos (Ro. 10:10-13).

B. Los primeros creyentes practicaban esto en todas partes (1 Co. 1:2), y para los incrédulos, especialmente para los perseguidores, llegó a ser muy característico de los creyentes de Cristo (Hch. 9:14, 21).

C. Cuando Esteban sufrió persecución, él practicó esto invocando el nombre del Señor audiblemente, incluso en voz alta, y su práctica impresionó grandemente y de manera inolvidable a Saulo, uno de sus perseguidores (7:58-60; 22:20-21); más adelante, el incrédulo Saulo perseguía a los que invocaban este nombre (9:14, 21) al identificar el hecho de que invocaran el nombre del Señor Jesús como una señal audible de que ellos eran seguidores del Señor.

- D. Inmediatamente después que Saulo fue capturado por el Señor, Ananías, quien condujo a Pablo a la comunión del Cuerpo de Cristo, lo mandó que se bautizara invocando el nombre del Señor para mostrar a otros que él también había llegado a ser alguien que invocaba—22:14-16.
- E. Con lo que le dijo a Timoteo en 2 Timoteo 2:22, Pablo indicó que en los primeros días todos los que buscaban al Señor invocaban Su nombre; sin lugar a dudas, Pablo practicaba esto, puesto que exhortó a su joven colaborador Timoteo a que hiciera lo mismo a fin de que también disfrutara al Señor.

VI. La buscadora que ama al Señor es cautivada por el nombre de Cristo, y ella mantiene su romance divino, místico, personal, afectuoso e íntimo con Él al invocar Su nombre: “Tu nombre es como unguento derramado; / por eso las vírgenes te aman”—Cnt. 1:3b:

- A. El nombre encantador de Cristo, Su persona, Su ser, es el unguento todo-inclusivo y compuesto para la unción, que representa al Espíritu, quien forma un compuesto con Dios, el hombre, la muerte de Cristo, la eficacia de Su muerte, Su resurrección y el poder de Su resurrección—Éx. 30:22-30; Fil. 1:19.
- B. Cuando invocamos Su nombre con el ejercicio de nuestro espíritu y un corazón puro, permitimos que Él “nos bese con los besos de Su boca”, lo cual representa el contacto más personal y afectuoso que tenemos con Él—2 Ti. 2:22; cfr. 2 Co. 2:10.
- C. Si alguien dice nuestro nombre, respondemos porque somos la persona de ese nombre; cuando invocamos el nombre del Señor, recibimos al Espíritu todo-inclusivo y compuesto como persona de Su nombre; a fin de tomar a Cristo como nuestra persona con miras a un solo y nuevo hombre, necesitamos invocar el nombre del Señor de manera habitual.

VII. Invocar el nombre del Señor equivale a que inhalemos espiritualmente de Él como nuestro aliento espiritual y a que bebamos espiritualmente de Él como nuestra bebida espiritual—1 Co. 10:3-4:

- A. La estrofa 1 y el coro de *Himnos*, #119 dicen:
 1. “Sopla en mí Tu Espíritu hasta / Inhalarte en mí, Señor; / Desahogándome en Tu pecho / Del pecado y del yo”.
 2. “Exhalando, exhalando / Culpas y pesar; / Inhalando, inhalando / De Tu gran caudal”.
- B. *Himnos*, #41, estrofa 2 dice: “Salvador, tan poderoso, / Colmas mi necesidad; / Respirar, Jesús, Tu nombre / Me da vida en verdad”.
- C. El Espíritu es el Señor mismo como aliento (Jn. 20:22) y como agua viva (4:10, 14); para inhalarlo como nuestro aliento y para beberlo como nuestra agua viva, necesitamos invocarle:
 1. “Invoqué Tu nombre, oh Jehová, / desde la fosa más profunda. / Has oído mi voz; no escondas / Tu oído a mi respiro, a mi clamor”—Lm. 3:55-56.
 2. Invocar el nombre del Señor es la manera de “con regocijo [sacar] aguas / de los manantiales de salvación”—Is. 12:2-6; *Hymns*, #1340.
 3. Además, cuando decimos con un espíritu apropiado: “¡Jesús es Señor!” o “¡Señor Jesús!” estamos en el Espíritu Santo y bebemos del único Espíritu como nuestra misma bebida espiritual que fluye de Cristo, quien es nuestra misma roca espiritual (1 Co. 12:3, 13; 10:4) a fin de que seamos iguales de manera divina, mística y orgánica para la unidad del Cuerpo de Cristo (1:10; 2 Co. 12:18; 13:11).

VIII. Los vencedores viven en el principio rector del hijo varón por medio de la palabra del testimonio de ellos y no aman la vida de su alma, hasta la muerte; ellos se niegan a su yo invocando el nombre del Señor—Ap. 12:2, 5, 10-11:

- A. Ellos vencen a Satanás por causa de la palabra del testimonio de ellos; testimonio significa decirles a otros lo que hay en Cristo, y la palabra de testimonio es algo que debe ser proclamado:
 1. Podemos vencer a Satanás al proclamar los hechos espirituales de la victoria de Cristo; cuando declaramos que Jesús es el Señor o invocamos Su nombre diciendo: “Señor Jesús”, el Señor tiene la manera de exhibir Su victoria sobre Satanás, el pecado y la muerte.

2. El hecho de que el nombre de Jesús esté sobre todo nombre es un hecho espiritual que debemos declarar en fe no sólo a los hombres, sino también a Satanás; debemos proclamarle a Satanás y a sus demonios que Jesús es el Señor, que el Señor es victorioso y que Satanás ha sido aplastado bajo Sus pies—Ef. 1:21; Fil. 2:9-11; Jn. 14:30b; Ro. 16:20.
- B. Ellos vencen a Satanás al no amar la vida de su alma, hasta la muerte, con lo cual se niegan a su yo invocando el nombre del Señor:
1. Debido a la caída de Adán, Satanás se unió a la vida del alma humana, al yo del hombre; a fin de vencer a Satanás no deberíamos amar nuestra vida del alma, sino aborrecerla y negarnos a ella—Mt. 16:23-24; Lc. 14:26; 9:23-24.
 2. Al invocar el nombre del Señor en oración, podemos aplicar la visión recibida en el monte de la Transfiguración, la visión de la persona de Cristo junto con Su muerte todo-inclusiva y Su resurrección maravillosa como nuestro reemplazo completo y todo-inclusivo a fin de producir un solo y nuevo hombre en la manifestación del reino—Mr. 8:27—9:13.
 3. Inmediatamente después que el Señor y Sus tres discípulos descendieron del monte de la Transfiguración, cierto padre dijo que les había pedido a los discípulos del Señor que echaran fuera un demonio de su hijo afligido, pero no pudieron (vs. 17-29); el Señor les dijo la razón de este fracaso: “Este género por ningún medio puede salir, sino por la oración” (v. 29).
 4. Orar significa que comprendemos que no somos nada y no podemos hacer nada; la oración es la verdadera experiencia de negarnos al yo; orar en realidad es declarar: “Ya no yo, mas Cristo”; esto muestra que necesitamos negarnos a nuestro yo a fin de que Cristo sea nuestro reemplazo y llegue a ser todo para nosotros—Gá. 2:20.
 5. De hecho, no necesitamos orar con frases largas para negarnos a nosotros mismos; basta con simplemente invocar “¡Oh Señor Jesús!”; incluso una oración tan breve indica “ya no yo, mas Cristo”; el hecho de que hagamos una oración breve al invocar el nombre del Señor testimonia que no ejercitamos nuestro esfuerzo propio para hacer frente a la situación; en lugar de ello, aplicamos a Cristo, lo cual equivale a poner en práctica la visión respecto a Cristo con Su muerte y resurrección como nuestro reemplazo.

IX. A fin de llegar a ser hombres que cambian la era al igual que Daniel, debemos ser hombres de oración que invocan el nombre del Señor; Daniel dependió de la oración para hacer lo que el hombre no podía hacer, y dependió de la oración para entender lo que el hombre no podía entender:

- A. En su cautiverio, la oración de Daniel alcanzó la cumbre más elevada cuando le pidió al Señor, al invocar Su nombre, que hiciera algo para llevar a cabo el deseo de Su corazón: “Haz que Tu rostro resplandezca sobre Tu santuario asolado, por amor del Señor” (Dn. 9:17); las palabras *por amor del Señor* muestran que la oración de Daniel era totalmente en pro de Dios y no de sí mismo.
- B. Daniel clamó a Dios en oración al invocar Su nombre a fin de orar desesperadamente: “¡Oh Señor, oye! ¡Oh Señor, perdona! ¡Oh Señor, escucha y actúa! No tardes, por amor de Ti mismo, oh Dios mío; porque Tu ciudad y Tu pueblo son llamados por Tu propio nombre”—v. 19.
- C. El contenido de la visión de Daniel es las setenta semanas, las cuales son el destino determinado por Dios para Su pueblo y Su ciudad santa—vs. 24-27.
- D. Esto nos muestra que necesitamos invocar al Señor en nuestra oración para que podamos recibir nuevas revelaciones respecto a Él y el deseo de Su corazón a fin de realizar Su economía eterna: “Invócame, y Yo te responderé y te diré cosas grandes y ocultas, las cuales tú no conoces”—Jer. 33:3; cfr. 1 Co. 2:9-10; Ef. 3:18b; *Himnos*, #79.

X. Toda la Biblia concluye con el deseo de que el Señor regrese, el cual es expresado en la acción de orar-leer e invocar el nombre del Señor: “El que da testimonio de estas cosas dice: Sí, vengo pronto. Amén. ¡Ven, Señor Jesús!”—Ap. 22:20.